



4. La educación en la encrucijada

La planificación cultural, por ADOLFO MAILLO

UN CONCEPTO DE CULTURA

La lectura de un libro recientemente publicado en Francia (1), merecería comentarios más amplios que los adecuados aquí. Permitásenos, sin embargo, ofrecer, en vez de una escueta reseña descriptiva, el breve manojito de reflexiones sugeridas al hilo de su rico contenido.

Esta obra analiza comparativamente los planes franceses, desde la perspectiva del impulso y desarrollo de la cultura. Es sabido que nuestros vecinos de allende el Pirineo prefieren el término *civilización* y se inclinan a entender la cultura como el conjunto de creaciones del *Arte y del espíritu*, según la expresión de André Malraux.

M. Bensaïd, autor del libro que motiva estos comentarios, amplía un poco esta acepción, aunque no incluye en ella la esfera docente. Nosotros, con un enfoque más antropológico que académico, integramos en ella cuantos esfuerzos y logros afectan a la elevación del hombre sobre el plano de los meros impulsos: la subsistencia, el «comfort», la rutina, el lucro y el poderío. No nos instalamos para ello en ningún mirador que dé a un utópico paraíso habitado por criaturas angélicas, sino en la perspectiva que ofrece la evolución histórica, a pesar de meandros, vacilaciones y nostalgias, desde el Paleolítico hasta nuestros días.

HACIA UNA POLITICA CULTURAL

No obstante la especialización del autor en cuestiones económicas, su condición de experto en la Asociación *Peuple et Culture* garantiza una consideración de las necesidades «sociales» que exceden del panorama habitual de las preocupaciones por la productividad y el rendimiento. Ello

se evidencia en los juicios críticos, no por medidos menos terminantes, que formula sobre las lagunas de la planificación cultural.

Echa de menos en la elaboración de los planes las directrices de una verdadera política cultural, que proporcionaría criterios básicos, no sólo para la índole e importancia relativa de los datos estadísticos, sino principalmente para su coordinación y, sobre todo, para lastrar al Plan con su inescusable trasfondo filosófico.

En opinión de Bensaïd, las funciones capitales de un plan son la previsión y la orientación, y es evidente que si la primera puede llevarse a cabo barajando hechos estadísticos y dibujando tendencias, la segunda sólo puede cumplirse cuando un concepto, al par concreto y abarcador, de cultura, aporte al Plan su armazón estructural y sus objetivos fundamentales.

No ofrece duda que el decisionismo, núcleo último y definitorio de la política, desde el punto de vista psicológico, para no actuar en el vacío de la «nuda voluntas», exige el señalamiento previo de rumbos cardinales, no dictados por el mero afán de poderío, sino iluminados por las luces del más claro entendimiento de los problemas. Lo que no obsta, en modo alguno, a reconocer la influencia nociva de la perplejidad en que sume al intelectual el trágico deshojar —¿sí?, ¿no?— la margarita volitiva, perplejidad más angustiosa todavía al descubrir que, al lado de la afirmación y la negación, se da casi siempre un «quizá» abierto a todas las posibilidades.

Este mandato de lucidez, empero, no se relaciona sólo, ni acaso principalmente, con los aspectos simplemente mentales, imprescindibles en la fase que los escolásticos llamaban de «deliberación», en la génesis de los actos humanos. A la aportación de los puros «saberes», la iluminación a que nos referimos debe añadir la percepción de los valores y, especialmente, del conjunto ambicioso de realidades apetecibles, eje de

(1) GEORGES BENSALD: *La culture planifiée?* Seuil, París, 1969: p. 332.

toda política, que denominamos habitualmente «bien común». Ciertamente es que tal percepción precisa del esclarecimiento proporcionado por la mente, aunque la raíz de la decisión se nutra de jugos estimativos, es decir, «sentimentales», en una acepción muy próxima a la que divulgó Max Scheler.

Y tanto más acudirá la sensibilidad en ayuda de la inteligencia en la preparación del Plan cuanto más viere éste del campo de los objetivos económicos hacia el paisaje de los fenómenos sociales y culturales. Entonces, el esfuerzo de técnicos y tecnócratas (Bensaïd menciona y analiza el «terrorismo tecnocrático», aunque le absuelve, finalmente, hasta cierto punto), sólo será fructífero si tiene lugar después que el político haya formulado sus «intuiciones conscientes». El habrá de pronunciarse ante las opciones que ofrece la realidad actual con vistas a la construcción del futuro y será quien proporcione, en última y definitiva instancia, los ejes rectores del devenir, en forma de preferencias claras (2).

LAS OPCIONES DECISIVAS

La multiplicidad de caminos depende de la variedad de las metas, y éstas formulan llamamientos que el político ha de discernir y sentenciar. El destinatario preferente del Plan cultural ¿será la *élite*, como ha ocurrido hasta el momento o, por el contrario, el mayor número, es decir, los que hasta ahora no han tenido voz para pedir? Traduciendo esta pregunta al campo de las realizaciones, ¿será preferible construir Casas de la Cultura, o modestos, pero democráticos Centros de Educación de Adultos? ¿Orientaremos el Plan hacia el adiestramiento de la «mano de obra» o hacia la formación de «hombres»? ¿Con-

(2) Ofrecemos un esquema de las decisiones radicales opuesto al que está alcanzando ahora gran boga. Sin infravalorar la influencia de los determinismos sociales, creemos que el político puede, al menos, poner o quitar obstáculos en las vías señaladas por ellos, y aún desviarlos o detenerlos estableciendo metas nuevas. Hay quienes piensan, por el contrario, que nuestra sociedad de consumo «no es un conjunto de individuos, sino un aparato, un sistema donde no puede insertarse ninguna preocupación que no esté predeterminada». En ella el poder «conserva la apariencia de soberano, pero es teledirigido por la fuerza misma que utiliza para reinar. La técnica le dicta sus objetivos y el Leviatán no puede menos que amoldarse a esta situación» (GEORGES BURDEAU: «La crisis del poder político en la sociedad tecnificada», en *Nuevo Diario*, 12 de octubre de 1969). Esta tesis proclama el fin de las ideologías, en nombre de la Técnica omnipotente, es decir, a favor de un racionalismo que predetermina y, en cierto modo, mecaniza la dinámica social, escrita, como Galileo dijo de la estructura del Universo, «en lengua matemática». Pero J. M. Domenach, comentando últimamente el libro de ALFRED GROSSER *Au nom de quoi? Fondements d'une morale politique*, proclama la «necesidad de admitir la parte de la ilusión, la parte del mito, más allá de un racionalismo que no llega a comprender que es a través de mí «papel», de mis papeles y a través de una vocación común como se plantea el problema de nuestra existencia histórica». (J. M. DOMENACH: Sur les «fondements d'une morale politique», en *Le Monde*, 5-6 de octubre de 1969.)

cederemos la primacía a los «valores que despiertan» o a los «valores que adormecen»?

En un plano ya más concreto y aplicativo, pero no menos peculiar del político, ¿debe primar el criterio económico y, por consiguiente, hemos de construir grandes aglomeraciones para gigantescos conjuntos de alumnos o, contrariamente, atendiendo a consideraciones educativas (de «relaciones humanas» entre educador y educandos), erigiremos centros más reducidos, que favorezcan, junto a la instrucción, la personalización? En un nivel paralelo, ¿es preferible construir un estadio para 200.000 espectadores ó 20 para 10.000 cada uno, ó 200 para 1.000? ¿Son «culturalmente» más rentables dos bibliotecas con medio millón de volúmenes cada una que un millar de bibliotecas con mil libros cada una? Así en la economía como en la cultura, ¿favoreceremos las inversiones que tienden a satisfacer consumos individuales (automóviles, neveras, tocadiscos, etcétera), o deberemos poner el acento en las inversiones colectivas (estadios, centros sociales, parques y jardines, ferrocarriles y carreteras, casas de vacaciones y de reposo, etc.), siguiendo la línea marcada por Galbraith en *La sociedad opulenta*?

El enfoque económico, servido por la estadística, conduce a opciones radicalmente distintas de las aconsejadas por la perspectiva socio-cultural. Y sólo el político, contemplando el cosmos de los valores que encarnan el bien común, puede decidir las directrices capitales del Plan.

UN CONSEJO DEL DESARROLLO CULTURAL

Bensaïd enumera las numerosas Comisiones que han intervenido en la elaboración de los planes franceses. Pese a ello, no han podido evitarse discordancias y desequilibrios, especialmente en el campo de las previsiones sociales y culturales, en comparación con las de índole económica.

El autor atribuye este resultado a la dispersión de criterios originada por una excesiva diversificación de las perspectivas socio-culturales. Para evitarla en el futuro, el autor ratifica el proyecto lanzado antes por Joffre Dumazedier: la creación de un *Consejo de Desarrollo Cultural*, paralelo al Consejo Económico y Social y al Consejo Nacional de la Formación Profesional, de la Promoción Social y del Empleo, que estaría encargado de coordinar y unificar los puntos de vista correspondientes a la diversidad de las acciones culturales.

Consideramos acertada la idea; pero nosotros extenderíamos dicho Consejo para que abarcara todas las manifestaciones de la cultura, desde la educación maternal a la Universidad, desde la formación profesional a la Literatura y las Artes, pasando por las actividades de los medios de comunicación de masas así como las de integración y vigorización cívicosocial. Sólo así podría llegarse a la unidad de perspectivas necesaria para equilibrar las atenciones de un plan cultural. Pero

a tal fin habría que tener en cuenta los requisitos siguientes:

a) El Consejo del Desarrollo Cultural asumiría todas las funciones relacionadas con el impulso, la renovación y el perfeccionamiento de la enseñanza y la educación, en sus varios campos y aspectos; la ciencia y la investigación, el deporte y las actividades literarias y artísticas; pero sólo en el plano técnico, exento de toda preocupación administrativa;

b) Estructurar el Consejo a base de Comisiones y Subcomisiones horizontales y verticales, es decir, mono y pluridisciplinarias, de tal manera que ni el número de ellas ni de sus componentes sea obstáculo a un funcionamiento ágil y eficiente;

c) Todos sus miembros deberían tal condición a su vinculación y entrega a tareas de creación, difusión, enseñanza o investigación en cualquiera de los diversos campos de la vida cultural, eliminando radicalmente toda otra expectativa de adscripción y participación;

d) Disponer la estrategia organizativa y funcional del Consejo de tal suerte que los menesteres de articulación y coordinación temática se atribuyan a los tecnólogos, reservando las actividades de orientación a los creadores. (Diramos a los poetas y a los políticos si estas palabras, y muchas veces sus soportes existenciales, no se mantuviesen distantes de sus significaciones genuinas.) (3);

e) Creación, al comenzar sus tareas, de un «clima operativo», para el cual no es tan necesaria la coincidencia absoluta en los objetivos abstractos, fijados por los grandes valores—o las grandes palabras—tradicionales, como la concordancia en las metas intermedias y en los procedimientos operatorios de constante aplicación (los conceptos dinámicos que Ginsberg llamó *axiomata media*);

f) La índole peculiar de la creación, difusión y desarrollo de la cultura, relativiza considerablemente la medida en que puede ser «planificada»; en el sentido en que pueden serlo las actividades económicas. El mismo concepto de rendimiento, que ahora comienza a utilizarse en este campo, debe ser objeto de descuentos importantes. Por ello, de nada servirían las cautelas anteriores si no se escuchase dócilmente a los expertos que han trabajado en faenas de enseñanza, investigación y creación cultural «a pie de obra» y asiduamente cuando el Plan roza los aspectos cualitativos, alma y aporía fundamentales de esta planificación.

(3) En Francia acaba de ser nombrado el gran poeta Pierre Emmanuel presidente de la Comisión de Asuntos Culturales para la elaboración del VI Plan. Tengamos en cuenta el matiz literario y artístico que, desde Malraux, tienen allí los *affaires culturelles*, como lo prueban las suntuosas Casas de la Cultura creadas por su iniciativa. A nuestro juicio, esta Dirección adolece de un *elitismo* inactual, al menos, *hic et nunc*.

DESEQUILIBRIO CAMPO-CIUDAD

Bensaïd señala y deplora la escasez de las asignaciones destinadas a realizaciones culturales en el ámbito rural, en comparación con las dedicadas a los ambientes urbanos. Ello intensificará, sin duda, el movimiento migratorio que induce a las masas campesinas a abandonar pueblos y aldeas para concentrarse en las ciudades. Esta desarmonía del Plan aumentará el desequilibrio demográfico y ecológico, así como aquel otro, más complejo, relacionado con las mentalidades mágica y mítica, por un lado, y racional y experimental, por otro (4).

Si no estamos ante un final de civilización, como predecía Spengler hace medio siglo, ni los fenómenos de poblamiento nuevos son semejantes a las postrimerías de los imperios romano y alejandrino, como asevera Rostovzeff, es innegable que la creciente y masiva polarización demográfica hacia las ciudades marca un período histórico distinto de los anteriores. Sería inútil intentar dar marcha atrás inspirados por las estampas eglógicas de Teócrito, Virgilio y Fray Luis de León; pero, ¿es verdaderamente deseable la civilización del «gadget», la masificación y mecanización de la vida y la deshumanización de la educación a base de economismo omnipotente, profesionalización a ultranza, productividad y rendimiento, competición desatentada y contacto humanizador sustituido por curvas, teleenseñanza y máquinas de instrucción?

Es aquí, en el abandono a las tendencias de la época o en la oposición a ellas cuando se las estima equivocadas o nocivas, donde tienen su campo de aplicación más fecundo la mirada y la decisión del político, creador de Historia, que no compare de ella cuando se yergue heroicamente frente al «destino». Por otra parte, ¿son obligados y, sobre todo, loables, los movimientos migratorios que están vaciando los campos? ¿Es razonable, con «razón cultural», es decir, humana y humanista (aunque no de un mero humanismo filológico, claro está) el *Informe Vedel*, recientemente publicado en París, que prevé el abandono a la vegetación espontánea de un tercio de la superficie actualmente cultivada en Francia, para dentro de quince años, y predice que, para entonces, de cada seis campesinos, cinco habrán emigrado a las ciudades?

Tememos mucho que, si una política de urbanismo infinitamente más vigilante y más lúcida que la actual no remedia los ingentes males so-

(4) Aludimos al predominio avasallador del pensamiento racional, que todo lo fía al razonamiento «claro y distinto», cada día más tiránico, a medida que se agotan las reservas de la mentalidad tradicional. A pesar de esta ola «cientifista», nosotros creemos, con algunos «supervivientes» de épocas pre-tecnocráticas, que, como dijo Pascal, el corazón y el sentimiento tienen razones que la razón no conoce. En el esquema de JEAN ZIEGLER (en su reciente *Sociologie de la contestation*. Gallimard, París, 1969) la *sociedad cognitiva*, que es la nuestra, ha sucedido a la *sociedad mítica*. Pero creemos que la moda intelectual del análisis de los mitos va a descubrir su permanencia y su necesidad.

ciales que derivarán de tales aglomeraciones, éstas serán completamente invivibles, como lo son ya algunas de las malformaciones periféricas de ciertas urbes cuyo crecimiento ha sido abandonado a una iniciativa demasiado «privada».

LOS COMPLEJOS SOCIO-CULTURALES

La marea democrática que, contra viento y marea, gana cada día nuevos adeptos, pide hoy la *educación de todos y durante toda la vida* (5). De ser llevado a la práctica, este bello postulado reclama no sólo gastos ingentes, sino también, y sobre todo, ingentes reformas allí donde las reformas realmente se hacen o no se hacen: en las cabezas de las gentes.

La primera «innovación mental» que se impone, en virtud de ese postulado, es doble: mejor dicho, teniendo un solo objetivo se diversifica en dos vías paralelas y complementarias. Si la perspectiva fragmentaria y clasista de la organización docente tradicional llevó a parcelar la enseñanza en «grados» que se ignoraban cuando no contendían, enclaustrando a cada uno de ellos en centros atentos sólo a la perspectiva pequeña de su propio horizonte profesional, hoy se impone una utilización plural de cada uno de ellos para satisfacer las necesidades culturales de niños, de jóvenes, de adultos y de viejos, porque todos son «hijos de Dios» y a todos les formula interrogantes inaplazables la «aceleración de la historia».

La utilización de los edificios dedicados a enseñanza es aproximadamente el 50 por 100 del que tendrían explotados a pleno rendimiento. Así, por ejemplo, las escuelas primarias funcionan cada año unas mil trescientas cincuenta horas. Utilizadas, como sería justo, de nueve de la mañana a doce de la noche, durante todo el año, servidas por turnos de personal en atención a sectores culturales, sociales y humanos diversos, se ganarían unas cuatro mil cien horas anuales. ¿Se imagina lo que tal ganancia supondría en rendimiento cultural, mediando personal, planes y programas adecuados?

La masificación progresiva, las formas modernas de poblamiento en ciudades tentaculares y la necesidad de no separar la cultura, entendida en sentido amplio, de las interacciones sociales encaminadas a integrar aglomeraciones humanas, convirtiéndolas en grupos orgánicos, aconsejan con apremio, a nuestro ver, no sólo aprovechar al máximo las instalaciones educativas existentes en todos los grados y en todas las localidades, sino también, además, proceder a construir, allí donde sean necesarios, *complejos socioculturales*, que atenderían a satisfacer necesidades evidentes, en muy diversos niveles, de edad, de conocimientos, de procedencias y de condiciones por medio de:

(5) Esta parece haber sido la fórmula triunfante en la reunión celebrada por los ministros de Educación del Consejo de Europa en mayo de 1969.

A) Actividades de información

- *Enseñanza*, en sus diversos aspectos, que son esencialmente dos: *enseñanzas básicas o generales* y *enseñanzas profesionales* (hoy escindidas unas y otras en múltiples compartimientos estancos).

B) Actividades de educación y formación

- *Física y deportiva* (gimnasia, juegos y deportes).
- *Sanitaria* (higiene general y profilaxis de las enfermedades evitables, educación en alimentación y nutrición, higiene de las profesiones, educación sexual, etc.)
- *Social y cívica* (grupos de discusión, conversación y estudio, reuniones «sociales», veladas, fiestas, conmemoraciones, etc.)
- *Literaria y artística* («forums» y «clubs» de lectura, de audición de discos, de televisión, de teatro leído y representado [amateur], etcétera).
- *Formación para el empleo útil de los ocios* («bricolage», círculos de «constructores» y «creadores», distracciones y pasatiempos educativos, turismo social, en forma de viajes, excursiones a lugares de interés arqueológico, monumental, artístico o estético, con guías especializados, etc.)

En el Plan no cabe la justificación detallada de tales *complejos*; pero si el cálculo aproximado de su coste, según los volúmenes aconsejados por su localización rural, urbana o suburbial, a nivel de conjuntos residenciales, de barrios o de bloques de viviendas, según los casos.

PROFESORES Y ANIMADORES

Un nuevo concepto de cultura, menos erudito, pero más social, que el vigente hasta ahora, reclama un nuevo tipo de educador. Claro es que no dejarán de tener a su cargo una misión fundamental los encargados de «transmitir» un saber que las urgencias de la hora exigen ineludiblemente. La febril tarea investigadora, que a lo ancho del mundo quema tantas vidas, en su afán de arrancar al misterio zonas ignoradas, amon-tona la información en tal medida que gracias a las computadoras electrónicas podremos dominarla eficazmente.

Pero junto a ellos —maestros, profesores, catedráticos, etc.— habrá otros guías culturales, menos devotos del título, menos apegados al nocionismo y al tecnicismo y mucho más abiertos al conocimiento y conducción de los dinamismos psicosocioculturales. Su acción será menos docente que catalítica, es decir, estimulante y dinamizadora, y por ello les corresponde el nombre de *animadores culturales*. Todavía no ha entrado esa denominación en nuestros hábitos mentales;

pero se abrirá camino porque su función, que reclama tanta vocación social como formación profesional, es imprescindible para otorgar cohesión y unidad a conjuntos humanos hoy amorfos, candidatos a la disgregación y la anomía.

Hace pocos días, el ministro francés de Educación, Olivier Guichard, hizo unas declaraciones a la prensa, en las que habló de la necesidad de llevar la animación al campo de la renovación de la enseñanza primaria, como «animación pedagógica» porque la «renovación de los métodos de la enseñanza elemental pasa por un cambio de estado del espíritu». «Sería profundamente irrealista—añadió—creer que esta toma de conciencia se hará por vía administrativa o aun por métodos didácticos. Ella vendrá de una reflexión colectiva, y lo que proponemos es in-

citar a que se realice, hacerla posible y alimentarla.»

Así entra la «animación» por la puerta grande, no ya en el campo de la acción sociocultural, donde ya era habitual en Francia desde hace más de veinte años, sino en la propia enseñanza tradicional, como principio activador y renovador, revitalizador de la docencia para acomodarla a las necesidades actuales. Una reactivación que la dotará de un nuevo espíritu, como dice Olivier Guichard: una nueva alma, que eso es *animarla*.

Pero la animación a que nosotros aspiramos es de radio más amplio, ya que su ámbito propio es el de la educación *integral*—de todo el hombre—, *democrática*—de todos los hombres— y *permanente*—durante toda la vida.